

Bernardo J. García García y Ángel Rodríguez Rebollo (eds.), *Apariencia y razón. Las artes y la arquitectura en el reinado de Felipe III*, Madrid, ediciones Doce Calles, 2020, 416 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.40.2020.837-840>

El *Tesoro de la lengua* de Sebastián de Covarrubias, publicado en 1611, ofrece una interesante definición del concepto de memoria: “Algunas vezes se toma memoria por lo que dexan instituido nuestros mayores, por lo qual tenemos memoria dellos, como hospitales y obras pías. Y estas son las buenas memorias. Otros las dexan en mayorazgos o en suntuosos edificios”<sup>1</sup>. Por tanto, pasados unos cuantos años del comienzo del reinado de Felipe III, este licenciado identificaba claras evidencias de la costumbre de guardar memoria de uno mismo y del linaje a través de diferentes medios. Uno de ellos, no el preferido de Covarrubias por ser el más mundano, era servirse de la arquitectura para construir una residencia que se eternizase *ad perpetuam* y diese apariencia, término que vinculaba con un cierto engaño “en lo intrínseco y sustancial”<sup>2</sup>, de las excelencias del individuo. El objetivo era impedir que el inexorable paso del tiempo erosionase la imagen y memoria hasta el punto de que el recuerdo de sus acciones, que podía ser más o menos cercano a la verdad, llegase a caer en el olvido. A este respecto, Luis Rufo había aludido en sus *Quinientos apotegmas* a una curiosa anécdota que se había producido en una galería con diferentes retratos antiguos y modernos, la mayor parte sin nombre del retratado ni del pintor. Entre ellos descansaba uno del príncipe Filiberto de Saboya, que se veía abocado a la “crueldad con que el tiempo lo consume todo”. Por ello, el antiguo servidor había adquirido el compromiso de que “con una espada de pluma/y un escudo de papel / haré quel tiempo cruel / una tilde no consuma / de las proezas de aquél”<sup>3</sup>. Las múltiples expresiones artísticas de la sociedad del siglo XVII se transformaban así en testimonios que permitían vencer a la muerte<sup>4</sup>, pues ofrecían la certeza de extender la reputación más allá de la vida mediante algo tan tangible como un palacio o un retrato. Muchos de estos elementos, pero también algunos otros, aparecen reflejados de una manera pormenorizada en la obra colectiva *Apariencia y razón. Las artes y la arquitectura en el reinado de Felipe III*, editada por Bernardo J. García García y Ángel Rodríguez Rebollo, y que es consecuencia de un seminario previo organizado en

<sup>1</sup> COVARRUBIAS, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana, o española*, Madrid, por Luis Sánchez, 1611, f. 545v.

<sup>2</sup> *Ibidem*, f. 77r.

<sup>3</sup> BNE [Biblioteca Nacional de España], Mss. 19639, f. 86v.

<sup>4</sup> PEREDA, Felipe, *Crimen e ilusión. El arte de la verdad en el Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2017, p. 19.

2017 por la Fundación Universitaria Española, la Universidad Complutense de Madrid y la Fundación Carlos de Amberes.

Si bien la pluralidad de trabajos genera, en ocasiones, una cierta falta de trabazón entre ellos, no es el caso del presente volumen, donde las reflexiones se orientan, desde diferentes perspectivas, hacia la construcción de un relato bien definido sobre el papel que las artes y la arquitectura tuvieron a lo largo de este reinado. El punto de partida es la idea de que este período trajo consigo nuevas situaciones y dinámicas que le dotan de una cierta especificidad, pero que no son ajenas y se entrelazan con las que ya estaban presentes en época de Felipe II. Los autores focalizan sus análisis, sobre un tema tan atractivo como complejo, principalmente en la Corte, pero también en algunos de los otros espacios de la Monarquía. Desde esta óptica, la obra se inserta dentro de un espectro historiográfico bien asentado y que, durante los últimos años, se ha visto inmerso en una renovación solo alcanzada gracias a un esfuerzo común entre varias generaciones<sup>5</sup>, como se observa al contemplar la procedencia de los historiadores presentes en este libro. Aunque unas décadas atrás se considerase el gobierno de Felipe III como una fase de evidente decadencia, que se ejemplificaba en la laxitud con la que el rey había abandonado sus funciones en el duque de Lerma -omnipotente valido-, hoy en día esta interpretación ha sido ampliamente superada. Las múltiples aportaciones realizadas por especialistas de muy distinto signo, entre las cuales los estudios centrados en las representaciones artísticas han proliferado positivamente, han brindado al conocimiento general importantes avances y normalizado la visión que se tiene de esta etapa. Debido a ello, el reinado de Felipe III ha dejado de ser una excepción encajonada entre dos grandes colosos, también a nivel artístico, para resplandecer con luz propia como un momento de gran trascendencia y al que, en ningún caso, se puede considerar un epígono menor del tiempo de Felipe II o un antecedente poco imponente del de Felipe IV.

La estructura del libro se divide en dos partes bien diferenciadas, pero que se ajustan a un modelo proporcionado y dinámico. La primera se centra en el análisis de la evolución de las realizaciones arquitectónicas durante estos primeros años del siglo XVII, especialmente en las de mecenazgo real. Sin embargo, también destacan las realizadas por el duque de Lerma, tanto en los espacios cortesanos como en sus diferentes villas y lugares, como explica Bernardo J. García García. Todas formaban parte de la intención del ahora valido-arquitecto por evidenciar su poder personal y su cercanía con el monarca, pero también de distinguir la excelencia y grandeza de su linaje. Pero Lerma no fue el único que ejerció una labor de estas características, ya que a él se unió Bernardo de Sandoval, cardenal de Toledo. A tenor de lo expuesto por Cloe Cavero de Carondelet, este prelado desarrolló un patronazgo eclesiástico que solo se puede entender dentro del marco proporcionado por la familia Sandoval.

---

<sup>5</sup> ELLIOTT, John H., *Haciendo Historia*, Madrid, Taurus, 2012, p. 240.

Tras la estela de las fundaciones de carácter devocional, Alfonso Rodríguez G. de Ceballos, Cipriano García-Hidalgo y María Leticia Sánchez Hernández exponen los diferentes rasgos de las impulsadas, sobre todo en el entorno cortesano, por mujeres adscritas a las reformas descalza y recoleta, así como por la reina Margarita de Austria. Pero como no todo lo que sucedía en la Monarquía tenía lugar en la Corte, también es necesario enfatizar lo acaecido en otros espacios, como proponen Sanne Maekelberg o Joan Lluís Palos y Carlos González Reyes. Si la primera focaliza su interés en la actividad constructiva desarrollada en Flandes por una dinastía aristocrática, la de los Croÿ, y su influencia sobre la renovación de las residencias de los Archiduques; los segundos plantean que las reformas urbanísticas y arquitectónicas promovidas por los representantes españoles lejos de Madrid, al comienzo del nuevo siglo, enlazaban con lo que sus antecesores ya habían realizado en esos mismos lugares bajo Felipe II.

A estos primeros capítulos les sigue un segundo apartado en el que se incluyen otro tipo de contribuciones sobre la representación de la apariencia, que transitan desde el teatro y la fiesta hasta la pintura. En este último campo, las investigaciones de Álvaro Pascual Chenel descubren los modelos que se establecieron para la retratística regia de un monarca como Felipe III, los cuales respondieron ante una tipología variada y heterogénea. Siguiendo el camino marcado por este tipo de propuestas, Ángel Rodríguez Rebollo formula algunas interesantes ideas sobre la influencia que los modelos producidos en Italia tuvieron sobre la pintura española del período, sobre todo con la adscripción de ésta al naturalismo.

A través de lo que estaba sucediendo en Italia, en concreto en Nápoles y Sicilia, pero también en Milán, los estudios de Ida Mauro y Valeria Manfrè y de Francisco Javier Álvarez García y Odette d'Albo, respectivamente, denotan ejemplos de gran interés. En el caso de las primeras investigadoras, el elemento central de su trabajo es el mecenazgo y trayectoria de Juana de Austria, hija de don Juan de Austria y perteneciente a la Casa Real de los Habsburgo, que permite analizar el contexto aristocrático de los reinos de Nápoles y Sicilia bajo Felipe III. Respecto a los segundos, dirigen su atención hacia el mecenazgo del marqués de la Hinojosa y del marqués de Villafranca, ambos gobernadores en Milán, un tema apenas atendido por la historiografía y que ofrece aportaciones novedosas sobre los contactos culturales entre España e Italia. Precisamente, las relaciones artísticas entre ambas penínsulas articulan lo expuesto por Alicia Cámara Muñoz, quien a través de la correspondencia de Annibale Iberti, embajador de Mantua, describe los pormenores del traslado de la Corte a Valladolid, la llegada del maestro Peter Paul Rubens -de la que derivó el famoso retrato ecuestre de Lerma-, o los bienes que trajo consigo para fomentar una suerte de diplomacia basada en el regalo cortesano.

Los elementos que este embajador destaca sobre la relevancia del ceremonial cortesano son recogidos, de una manera un tanto diferente, en los planteamientos de Alejandra B. Osorio, que contempla cómo se desarrolló esta cuestión en los territorios virreinales americanos. Finalmente, el hispanista C. George Peale vuelve

de nuevo su mirada hacia lo que estaba sucediendo en Madrid, aunque en esta ocasión a través de la actividad teatral y poética y utilizando como base la carrera de Luis Vélez de Guevara.

La conclusión que se extrae de la lectura de este volumen es que uno de los elementos constitutivos del período fue el gusto por la apariencia, que se reflejó en un amplio abanico de situaciones y modelos tanto en la Corte como en otros territorios, ya fuese en Italia, Flandes o las Indias. Los análisis aquí expuestos contribuyen a definir esta etapa de una manera original, alejada de cualquier prejuicio o estereotipo anterior. El desarrollo de unas dinámicas que respondieron tanto a las características de esta época, con la insoslayable aparición del valimiento, como a procesos generados previamente configuró este reinado, tan denostado en el pasado, como una mezcla única entre la continuidad y el cambio que se desarrolló a todos los niveles, también desde el punto de vista de las artes y la arquitectura. Si bien es cierto que aún quedan muchos aspectos en los que los historiadores deben seguir incidiendo, también lo es que esta obra colectiva completa un cierto vacío historiográfico sobre la evolución de las representaciones artísticas entre 1598 y 1621, a la vez que ofrece sugestivas perspectivas y reflexiones sobre una Monarquía que, en las palabras que el mismo Bernardo J. García García utilizase ya hace algunos años, se encontraba “en el momento, tal vez, más esplendoroso y comprometido de su Historia”<sup>6</sup>.

Daniel GALVÁN DESVAUX  
Universidad de Valladolid  
danigalvandesvaux@gmail.com

---

<sup>6</sup> GARCÍA GARCÍA, Bernardo J., “Pacifismo y reformación en la política exterior del duque de Lerma (1598-1618). Apuntes para una renovación historiográfica pendiente”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 12 (1991), p. 207.